

“La autoridad del creyente” – Parte 3

“La autoridad de Adán”

Pastor Erich Engler

Te invito a ir conmigo al Evangelio de Juan, capítulo 14, versículo 12. Este es un pasaje muy conocido y seguramente lo habrás leído más de una vez. Éstas son las palabras de Jesús, y Él comienza diciendo: “de cierto, de cierto os digo”.

Cuando Jesús dice esta frase significa que hay que prestar atención especial a lo que va decir luego.

De cierto, de cierto os digo: el que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre.

Por ahora vamos a meditar en la primera frase, y vamos a dejar para más tarde lo de las obras mayores. El solo hecho de que podamos hacer las mismas obras que hizo Jesús, demanda autoridad ¿verdad?

Jesús les dijo esto a sus discípulos. Para que ellos pudieran hacer esas obras, las mismas obras que Él hizo, era necesaria su autoridad delegada. De la misma manera es con nosotros hoy, para poder hacer lo mismo que Él hizo, necesitamos su poder y autoridad.

Este es el tema que nos ocupa en esta serie: la autoridad del creyente. Esta es nuestra tercera lección, y si no has escuchado las anteriores, las puedes descargar gratuitamente de nuestra página de Internet: www.iglesiadelinternet.com

La autoridad que Cristo nos delegó a nosotros, los creyentes, es algo muy especial. Sin embargo, son muy pocos los creyentes, que saben que poseen dicha autoridad y que no necesitan estar a la merced de las circunstancias. Son muy pocos los creyentes que conocen que son ellos los que tienen autoridad y poder sobre dichas circunstancias. Jesús ejerció autoridad sobre las circunstancias adversas que actuaban en la vida de las personas, y también sobre los fenómenos naturales. Él mandó al viento y a las olas que se aquietaran

y le obedecieran. Los evangelios nos informan en extenso sobre todo esto. Jesús ejerció autoridad sobre un sinnúmero de ámbitos diferentes, de los cuales nosotros no tenemos demasiada idea. Por esa razón, es que estamos tratando este tema.

En nuestra enseñanza anterior habíamos comenzado hablando acerca de la autoridad que tenía Adán. Para poder comprender mejor la autoridad y dominio que Dios le entregó al ser humano, tenemos que ir al libro de Génesis, donde se relata la historia de la creación.

Adán, como primer ser humano, es el prototipo de toda la humanidad. La Biblia nos dice que Jesús es la cabeza de la iglesia y que Adán es la cabeza de la humanidad, por eso habla del primer Adán y del último Adán, quien es Jesús. En 1 Corintios 15:45 leemos:

[Así también está escrito: fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.](#)

Aquí leemos claramente acerca del primer y del segundo Adán. En nuestra enseñanza anterior habíamos visto también que Jesús, en cuanto a su aspecto humano, es descendiente de Adán.

Hagamos una comparación entre los dos. Adán, el primer hombre, es la cabeza de la humanidad; Jesús, la cabeza de la iglesia. Adán, el primer hombre, es creado a la imagen y semejanza de Dios; Jesús, es la imagen de Dios. Adán, el primer hombre, refleja la imagen de Dios; Jesús, es la expresión de su misma sustancia. Adán, el primer hombre, lleva la gloria de Dios en sí mismo; nosotros, los creyentes en Cristo, portamos la imagen de su Hijo. Adán, el primer hombre, porta la gloria de Dios en el jardín del Edén; nosotros, los creyentes en Cristo, portamos la imagen de los redimidos en el cielo.

Esta comparación la encontramos en Filipenses 2:6, en Hebreos 1:3, en Romanos 8:29, y en 1 Corintios 15:49.

El plan de Dios, cuando creó a Adán, el primer hombre, había sido otorgarle autoridad y dominio. El ser humano fue creado para eso. En Génesis 1:28 leemos:

[Y los bendijo Dios, y les dijo: fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.](#)

Dios creó al ser humano para que ejerza señorío y autoridad sobre la tierra y todo lo que en ella hay, ya sean los animales, como así también los recursos, tesoros, y fuentes que hay en ella. La tierra, con todo lo que en ella hay, fue creada para ser dominada y señoreada por el ser humano.

En nuestra enseñanza anterior, habíamos visto también, que los animales que pertenecen a una categoría superior, tienen en su estructura, una cierta similitud con el ser humano. Muchas especies animales, al igual que el ser humano ellos poseen también pulmones, corazones, e incluso una cierta similitud en sus aparatos digestivos. Los animales que se encuentran en una categoría inferior, por ejemplo los insectos, son completamente diferentes.

El ser humano es la corona de toda la creación, y fue hecho para ejercer autoridad y señorío sobre toda cosa creada. Por esa razón, es que todos nosotros tenemos la inclinación innata a ejercer autoridad.

Todos nosotros tenemos un deseo natural de dominar, y eso no es nada malo en sí mismo, sólo que tiene que ser ejercido de una manera sana y controlada.

Esto lo podemos aplicar, por ejemplo, a la relación matrimonial. Vamos a hablar primero de los hombres. Dios le entregó a Adán todo el dominio y la autoridad. Naturalmente, que Eva también poseía esas capacidades, pero Adán fue quien fue creado primero.

Todo hombre lleva en sí mismo un impulso natural para ejercer dominio y autoridad, y eso fue puesto por Dios. Ese impulso natural no es malo en sí mismo, sino que es el plan original de Dios. Naturalmente, que en todo el curso de la historia desde el primer hombre hasta la actualidad, esto ha cambiado tanto para bien como para mal. Yo no me voy a referir ahora a los ejemplos negativos de este aspecto, sino al plan original de Dios.

Cuando aceptamos a Cristo como nuestro Salvador personal, Él nos conduce otra vez al modelo o plan original de Dios. Cuando somos nacidos de nuevo, nuestro espíritu es renovado inmediatamente, aunque nuestra alma necesita ser renovada poco a poco por medio de la Palabra de Dios.

Antes de conocer a Cristo estábamos muertos espiritualmente, luego de aceptarle como nuestro Salvador personal volvemos a tener comunión con Dios, la comunión que originalmente tenía el ser humano con su creador. Adán y Eva tenían comunión diaria con Dios.

O sea, que cuando recibimos a Cristo como Salvador personal, somos restituidos en el plan original de Dios.

Es interesante observar, que después que Adán y Eva caen en pecado, se asustan al oír la voz de Dios. Cuando Dios llama al hombre, como lo hacía diariamente para tener comunión con Él, este le responde: "oí tu voz en el huerto, y tuve miedo".

Esta respuesta es el evidente resultado de la caída en el pecado. El temor es la gran evidencia, pero mucho más el temor al oír la voz de Dios. Podemos dar por hecho, que el ser humano antes de su caída en el pecado, no sólo estaba acostumbrado a oír la voz de Dios diariamente, sino que tenía contacto con Él cara a cara. Esta era una comunicación íntima y espiritual.

Antes de la caída, no encontramos nada acerca de que el ser humano hubiese sentido temor al oír la voz de Dios. Esto nos indica claramente, sin lugar a dudas, que antes de su caída, Adán tenía una relación directa y personal con Dios. Al caer en pecado, el ser humano pierde esa relación directa y personal con su creador, y como consecuencia, siente temor de Él.

Pero, aún a pesar del temor, su posición de autoridad y dominio sigue siendo la misma. En otras palabras, el ser humano fue creado para reinar.

Por esa razón, como creyentes en Cristo y siendo posicionados en su misma imagen, estamos destinados a reinar. ¡Esta es nuestra posición actual!

Es importante por eso que entendamos cual fue el propósito original de Dios. Fuimos creados para reinar, para ejercer autoridad y dominio. Fuimos creados para ser cabeza y no cola. Fuimos creados para estar por encima y no por debajo. Eso es algo que llevamos dentro, algo innato, algo puesto por Dios en nuestro interior. Se hace necesario pues, aprender a canalizar correctamente esta soberanía y no ejercer autoridad de manera egocéntrica y arbitraria.

El egocentrismo es el aspecto negativo del ejercicio de la autoridad y solo causa daño a nuestros semejantes. Ejercer dominio y autoridad sin tener consideración de los que están a nuestro alrededor no estuvo nunca en los planes de Dios.

Hay un aspecto muy importante para tener en cuenta en cuanto al ejercicio de la autoridad, y es que sólo es posible ejercer autoridad de manera efectiva en tanto y en cuanto nos sometamos a la autoridad que está sobre nosotros. Si bien tenemos autoridad y fuimos creados con el propósito de ejercerla, no podemos eludir el hecho de que nos encontramos dentro de una escala jerárquica. Ejerceremos autoridad en el ámbito que nos compete, en tanto y en cuanto nos sometamos a la autoridad que tenemos por encima.

Voy a tratar de formularlo de otra manera: para poder ejercer autoridad es necesario estar bajo autoridad. Para poder ejercer dominio y poder, se hace necesario que nos sometamos a la autoridad superior.

En todos los ámbitos de la vida, habrá siempre alguien que ejerza autoridad sobre nosotros y alguien que esté bajo nuestra autoridad. Jesús es el ejemplo perfecto de esta verdad.

¿Cuál era la razón por la que Jesús tenía tanta autoridad y poder? Porque Él mismo se sometía bajo la autoridad de su Padre. En 1 Corintios capítulo 15, versículos 27 y 28 leemos lo siguiente:

Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Aquí se refiere a que todas las cosas están sujetas bajo los pies de Jesús. Hay otros pasajes en los Salmos y en el libro a los Hebreos que corroboran esto.

Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetas a Él (a Jesús), claramente se exceptúa aquel que sujetó a Él todas las cosas. ¿A quién se refiere aquí? A Dios mismo, al Padre.

(28) pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

La medida de autoridad que se posee tiene relación directa con la sumisión a la autoridad superior. Jesús mismo se sujeta a la autoridad de su Padre.

Jesús dijo: “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. El Padre celestial no es quien posee la autoridad sobre el cielo y la tierra. Jesús es quien la posee, y Él, al ascender al cielo, la delegó en manos de los creyentes. Cuando Jesús vuelva por segunda vez a la tierra, y toda la obra esté culminada, después del milenio, va a entregar todo dominio y potestad en las manos de su Padre para ponerse Él mismo bajo su autoridad. Pero, en este

tiempo y mientras Jesús todavía no vuelva a la tierra, toda la autoridad y dominio sobre esta tierra la ha delegado en las manos de los creyentes.

Eso es lo que les dijo a sus discípulos cuando les dio el mandato de ir por todo el mundo a predicar el Evangelio. Jesús no sólo les dio autoridad delegada, sino que les aseguró que ellos iban hacer obras aún mayores todavía. Este mandato es válido también para todos nosotros, los que seguimos a Jesús. Para poder llevar a cabo lo que Jesús nos encomendó necesitamos poder y autoridad, de otra manera no funciona.

¿No es algo maravilloso que nos haya entregado su mismo poder y autoridad?

Pero, va a llegar el día, cuando Él mismo se habrá de poner bajo la autoridad de su Padre. Para poder ejercer autoridad hay que estar bajo autoridad. De allí pues, que el tema de la escala jerárquica sea un tema muy importante en la Palabra de Dios. La gracia no pone de lado ese tema, sino que por el contrario, levanta y honra todas y cada una de las posiciones dentro de la escala jerárquica.

Todos nosotros, como creyentes, somos hijos de Dios. En ese sentido no hay ninguna diferencia. Sin embargo, no todos fuimos colocados en la misma posición en cuanto al servicio dentro del cuerpo de Cristo. Muchos son llamados para servir y/o ayudar. El ministerio que les ha sido encomendado es ayudar, servir, ayudar, servir siempre y en cada circunstancia. El don de ayuda no es un ministerio de menos valor que los demás. Los términos “ayudar” y/o “servir” no son términos despreciativos o de escaso valor. ¡Por el contrario, Dios mismo, en la persona del Espíritu Santo, es nuestro ayudador!

Dios, el Padre celestial, se denomina a sí mismo: “yo soy Jehová tu ayudador”.

¿Recuerdas lo que sucedió cuando Dios hizo al hombre? Dijo que no era bueno que estuviera solo y le dio una ayuda idónea. Eva fue creada para complementar a Adán y serle de ayuda. Esta no es una posición de escaso valor ni un término peyorativo, pues Dios mismo está para ayudarnos.

Es de suma importancia que observemos este aspecto desde la perspectiva correcta, sobre todo hoy en día que tanto se habla de la emancipación.

Alguno me puede llegar incluso a criticar por haber dicho que la mujer le fue dada al hombre para serle de ayuda y apoyo.

¿Sabías que hay muchas modas y conceptos modernos con los cuales no tenemos por qué estar de acuerdo? Por ejemplo, no podemos dar nuestro consentimiento a cualquier tipo de relación matrimonial, simplemente porque la sociedad diga que eso está correcto. Jamás podemos dar nuestro consentimiento y/o aceptar aquello que implante la moda y que está en contra de la Palabra de Dios. No tenemos por qué aceptar todo lo que el mundo nos ofrezca. Tenemos el derecho a decir que no, y debemos hacerlo.

Hay determinadas actitudes y/o conductas que, a raíz de la decadencia del ser humano en el pecado, llegan a tornarse relativamente “normales”, pero eso no quiere decir, que nosotros tengamos que estar de acuerdo con ellas. Tenemos el derecho a decir que no.

Como es de público conocimiento, Suiza es un país con completa libertad de opinión, cada uno se puede expresar como le parezca y/o estime por correcto.

En cierta manera, si bien esto puede involucrar aspectos negativos, es bueno que cada uno se sienta libre para poder dar su opinión. Por eso, nosotros también podemos decir que no estamos de acuerdo con determinadas cosas. Esa es nuestra opinión, independientemente de lo que digan los demás.

Repito, tenemos el derecho a decir que no, y debemos hacerlo cuando sea necesario.

“Yo siempre he tenido, y seguiré teniendo, mi mano extendida sobre este país, pues vosotros, mis hijos, oráis por esta tierra. Vosotros deseáis lo mejor para vuestro país. A causa de la autoridad y poder que os he entregado en vuestras manos, sigo manteniendo mi mano protectora extendida sobre esta nación. ¡Continuad orando!, ¡No desmayéis ni os sintáis frustrados! Por el contrario, ¡continuad orando!, porque si permanecéis estando en la brecha por el bienestar de vuestro país, aquello que pedís os será concedido. ¡Esta es la autoridad que he otorgado a mi iglesia! Esta autoridad conlleva el derecho a desear lo mejor para el país donde vivís. Amén”.

Esto, que aparentemente fue una interrupción, fue un mensaje en lenguas con interpretación. Esto vino de repente, y fueron palabras que el Espíritu Santo dirigió específicamente a nuestra congregación.

Podemos estar confiados y llenos de esperanza al saber que Dios mantiene extendida su mano protectora sobre este país. Le estamos agradecidos por las autoridades que gobiernan este país.

Precisamente aquí radica la diferencia. No podemos estar, orando por un lado y quejándonos por el otro. Por esa razón, es que el Señor nos insta a continuar orando. En otras palabras, a dejar de quejarnos y/o criticar a nuestras autoridades, sino a continuar orando para que Dios les otorgue sabiduría.

El Señor nos insta a continuar orando por nuestras autoridades, aún a pesar de que no pertenezcan a la ideología política a la que hemos elegido en las urnas.

¡Continuemos orando por nuestras autoridades y gobernantes!

En este momento veo una visión, la cual muestra como ejércitos del enemigo y fortalezas del maligno, retroceden a causa de nuestras oraciones. Éstos poderes demoniacos retroceden y se mantienen a distancia a causa de que nosotros oramos, no sólo por la protección de nuestro país, sino por la protección de toda Europa. Los ejércitos del enemigo que intentan arremeter contra nosotros, tendrán que retroceder y huir avergonzados, cuando usamos la autoridad delegada que Cristo nos entregó. ¡Gracias Jesús!

Como dije anteriormente, para poder ejercer autoridad es necesario estar bajo autoridad. Jesús es el ejemplo perfecto de este principio maravilloso.

En Romanos 5:17 leemos lo siguiente:

Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.

Reinar equivale aquí a ejercer autoridad. Si estudiamos la Biblia de principio a fin, encontramos que al principio, en el libro de Génesis, el ser humano es creado para reinar y para ejercer autoridad y dominio; y al final, en el libro de Apocalipsis, habla de la autoridad del creyente. En otras palabras, la Biblia, tanto al principio como al final, nos habla acerca del tema de la autoridad. Si la Biblia, tanto al comienzo como al final, se refiere al tema del ejercicio de la autoridad, ¿te parece pues, que entre medio, no tiene ninguna relevancia? ¿Crees que nos deja a la deriva y sin recursos para enfrentar la vida? ¡No, de ninguna manera! El tema del señorío y dominio, que Dios le concede al ser humano, se extiende a lo largo de toda la Biblia.

Este versículo que acabamos de leer lo explica claramente, reinamos en vida por medio de dos principales componentes, a saber: la abundancia de la gracia, y el don de la justicia.

Los justos, los salvados por Jesucristo, están destinados a reinar. Los que hemos sido justificados por medio de la obra de Cristo, tenemos autoridad y dominio sobre toda situación adversa que aparezca en nuestra vida.

En el Salmo 89 versículo 17 leemos:

Porque tú eres la gloria de su potencia, y por tu buena voluntad (= gracia) acrecentarás nuestro poder.

En otras traducciones leemos: ensalzarás nuestro cuerno, queriendo significar con esto que será aumentado el poderío. De hecho, la palabra original en hebreo que se traduce como “poder”, es precisamente “cuerno”. La Biblia utiliza el término “cuerno” para referirse a la autoridad del rey. Este término bíblico no se refiere al cuerno de un animal, sino que es un término espiritual que equivale a autoridad y regencia.

Este término está acoplado siempre al poder y a la autoridad de un rey o de un príncipe. Un cuerno exaltado o elevado significa gran poderío y autoridad.

Nuestro poderío y autoridad, como creyentes en Cristo Jesús, es ensalzado y fortalecido por medio de la gracia. Fuimos justificados para ejercer señorío sobre las acusaciones del enemigo, sobre los sentimientos de culpa y de condenación que nos atacan, sobre complejos de inferioridad que intentan desvalorizar nuestra vida. Cristo nos dio la abundancia de su gracia y el don de la justicia para poder contrarrestar todas estas obras del enemigo. Su gracia siempre va a en aumento, contamos con el favor divino.

En el versículo 24 leemos:

Mi verdad y mi misericordia estarán con él, y en mi nombre será exaltado su poder.

En el original hebreo, aparece otra vez aquí, la palabra “cuerno”, la cual se traduce como poder. Aquí vemos el poder que hay en el nombre de Jesús. El nombre de Jesús es el que nos otorga autoridad. Leímos aquí: en mi nombre será exaltado su poder, y se refiere al nombre de Jesús, el cual concede poder y autoridad.

Al principio de este versículo leemos también acerca de la verdad y la gracia divinas. La gracia divina está a nuestro favor, por eso tenemos autoridad y poder.

Cuando hablamos acerca de la gracia divina, del favor inmerecido que tenemos como resultado de la obra de Cristo en la cruz, hablamos tácitamente también de la autoridad y señorío. La gracia divina implica autoridad, señorío y poder. ¿No es maravilloso esto?

El control sobre nuestras vidas no debe ser ejercido por otras personas, o por las circunstancias, sino que somos nosotros mismos los que debemos ejercer el poder y autoridad. Tenemos control y señorío sobre nuestras vidas porque fuimos capacitados con poder. Cuando la enfermedad ataca nuestros cuerpos, le damos la orden que desaparezca haciendo uso de la autoridad delegada del nombre de Jesús. Cuando la enfermedad ataca nuestro cuerpo, tenemos dos maneras de ahuyentarla, ya sea participando de los elementos de la Santa Cena, o haciendo uso de la autoridad que nos proporciona el nombre de Jesús.

Cuando enviamos a nuestros hijos a la escuela, los ponemos bajo la protección divina haciendo uso de la autoridad que nos proporciona la oración, y por medio de las palabras que pronunciamos a su favor. En lugar de ocupar nuestra mente con pensamientos de preocupación y/o de temor cavilando sobre los distintos peligros que les pueda llegar a atacar, hacemos uso de la autoridad delegada que poseemos orando por ellos y pronunciando palabras de aliento antes de que salgan de casa. Esto es ejercer autoridad.

Tenemos autoridad sobre nuestra propia familia, ¡ejercémosla de manera correcta!

Dios nos destinó para reinar por medio de la abundancia de la gracia y del don de la justicia.

Como dije anteriormente, el impulso interior a desear ejercer autoridad y dominio, es algo innato y puesto por Dios, pero naturalmente, debe ser ejercido de manera correcta.

Es importante también que aprendamos a respetar la autoridad espiritual de la iglesia, y eso no nos restringe, sino que nos otorga más autoridad.

Aquellos que no se someten a las autoridades dentro de la iglesia, se restringen ellos mismos su propia autoridad. Ya vimos, que Jesús mismo, se somete a la voluntad de su Padre. Ese sometimiento le otorga todavía más autoridad.

Lamentablemente, en muchos círculos cristianos, está la tendencia a creer que no se necesita ponerse bajo autoridad ya que se es guiado sólo por el amor. Esta creencia es completamente errónea y equivocada. Sólo aquel que sabe someterse a la autoridad superior y la respeta, posee autoridad para el ámbito que le compete.

Es muy importante que aprendamos este principio: el sometimiento a la autoridad superior no es algo negativo, sino por el contrario, nos otorga más autoridad en el ámbito que nos compete. Si respetamos a la autoridad que esta sobre nosotros, ganamos en autoridad para ser ejercida efectivamente en el ámbito que nos compete. Nuestra correcta actitud en relación a la autoridad superior nos proporciona influencia. Este principio lo vemos reflejado claramente en la vida de la reina Ester.

Ester se supo someter a la autoridad del rey Asuero, y eso le otorgó una gran influencia. La subordinación otorga influencia.

Hay muchos que piensan, que someterse a una autoridad superior, significa lo mismo que ser despojado. ¡No, por el contrario, eso significa ganancia!

La subordinación y el respeto frente a una autoridad superior no nos despoja de nuestra libertad, sino que nos otorga influencia y autoridad. Jesús es el mejor ejemplo.

Ese impulso natural que tenemos de desear dominar y ejercer autoridad, es algo innato y puesto por Dios, solo que debe ser canalizado correctamente.

Adán y Eva, quienes también tenían ese impulso interior, en lugar de usarlo correctamente, decidieron participar del árbol del bien y del mal y cayeron en pecado. Ya habíamos visto, que participar del fruto del bien y del mal, equivalía a decir: “no necesitamos a Dios, nos podemos valer por nosotros mismos”.

El error mayor de Adán y Eva fue independizarse de Dios. Si queremos vivir la vida a nuestra manera, independientemente del plan de Dios, no nos irá bien. Necesitamos a Dios indefectiblemente.

La esencia del árbol del bien y del mal se resume en que es el ser humano el que está en condiciones de discernir entre el bien y el mal. La cuestión no era reconocer el mal, sino tener el poder de sobreponerse a él. Allí radicó precisamente el problema. El ser humano, independientemente de la ayuda divina, no tiene la capacidad ni el poder de sobreponerse al mal.

Repito, la cuestión no radica solamente en conocer el bien y el mal, sino en tener el poder para elegir lo bueno y rechazar lo malo.

Adán y Eva, al participar del árbol de la ciencia del bien y del mal, se dieron cuenta lo que es malo y lo que es bueno, pero no tuvieron la fortaleza de elegir lo bueno y rechazar lo malo.

¿Recuerdas lo que dijo el apóstol Pablo en Romanos, capítulo 7, versículo 19?

[Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.](#)

Pablo pronunció estas palabras desde la perspectiva cuando el todavía no conocía a Jesús. Dicho de otra manera, el ser humano natural, independientemente de la ayuda divina, no está en condiciones de sobreponerse al mal. La voluntad humana no es suficiente para vencer el mal.

Las palabras que Pablo escribe en este capítulo se refieren a su situación antes de conocer a Cristo, antes de ser salvo. Esta es la condición del ser humano sin Dios. Esta es la condición en que se encontraron Adán y Eva después de haber participado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Ellos pensaron, que esa independencia de la autoridad divina, les iba a traer beneficios, pero en realidad los condujo a la condición que Pablo describe en este versículo. El mero conocimiento del bien y del mal no los capacitaba para elegir lo bueno y rechazar lo malo. El ser humano, independientemente de Dios y basado en su propia fortaleza no está capacitado para hacerlo.

La única manera de vencer la maldad, es por medio del poder de Dios que actúa en nosotros. Podemos hacer frente al maligno, solamente por medio del impulso del Espíritu Santo, y de la autoridad delegada que tenemos en el nombre de Jesús. ¡Jamás lograremos vencer el poder del pecado en nuestra propia fuerza humana!

Aquellos que dicen: “yo nunca voy a caer en tal o cual pecado, a mí nunca me va a suceder eso”, son aquellos que se basan en su propia fuerza. Debo decirles, que aquellos que confían en su propia fuerza no tienen el poder para vencer el pecado.

No debemos confiar en nuestra propia fuerza, sino poner toda nuestra confianza solamente en Jesús. Debemos confiar sólo en la gracia divina. La gracia, o favor inmerecido, es al mismo tiempo la capacidad para vencer el mal. ¡No confíes en tu propia fuerza, sino sólo en la gracia divina!

Podemos vencer el mal sólo por medio del Espíritu Santo que vive en nosotros y nos otorga la capacidad para hacerlo.

Aún a pesar de que el ser humano toma la decisión equivocada, Dios ya tiene preparado el plan de salvación. En Génesis capítulo 3 versículo 15 se hace mención a la obra de Cristo en la cruz.

En el mismo momento en que Adán y Eva participaron del árbol de la ciencia del bien y del mal, perdieron su autoridad y dominio sobre la tierra.

Génesis 3:15 es el anticipo del Evangelio. Esta es la primera mención del Evangelio en toda la Biblia.

Dios le dice a la serpiente:

Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.

¿Cuál es esta simiente de la mujer a la que Dios se refiere? ¡Jesús! Todos sabemos, que muchos años más tarde, Jesús vino al mundo por medio de la virgen María.

Más adelante vamos a ver que Eva interpreta erróneamente las palabras que Dios pronunció. Ella pensó que la simiente de la mujer era su hijo Caín. Eva tomó en serio las palabras de Dios y supuso que Caín, su hijo, era la simiente a quien Él se refería.

Nosotros sabemos que la simiente de la mujer es Jesús, Pablo lo confirma en el Nuevo Testamento.

La primera simiente a la que Dios se refiere aquí es el anticristo. Dios dijo: “pondré enemistad entre ti (=la serpiente) y la mujer (=Eva)”. Hay una enemistad muy marcada entre el diablo y la mujer. Esa es la razón por la cual el diablo ha intentado, desde el comienzo de los tiempos hasta ahora, a degradar el rol de la mujer. El diablo intenta siempre, de una manera u otra, destruir a la mujer. El método que él utiliza con más frecuencia es, degradándola y reduciéndola a una posición de esclavitud, por medio de un dominio masculino mal ejercido. El abuso, esclavitud, y hasta el mismo feminicidio, son resultados directos de la enemistad que existe entre el diablo y la mujer.

Cuando Jesús estuvo sobre la tierra, elevó a la mujer al lugar que le correspondía. Toda mujer que tiene a Cristo como su Salvador personal está protegida de esta esfera de enemistad. ¡Mujer, Jesús te ha sacado de allí!

Esta enemistad entre el diablo y la mujer, que comienza en el mismo huerto del Edén, se extiende a lo largo de toda la historia. Jesús es quien vuelve a colocar a la mujer en la posición que le corresponde.

La enemistad entre el diablo y la mujer es también la enemistad entre la simiente de él y la simiente de ella. ¿Cuál es la simiente de Satanás? El anticristo. La simiente de la mujer es Jesús, quien vino a este mundo por medio de la virgen María y la obra del Espíritu Santo.

Es interesante observar la profundidad del significado de esta frase: “y pondré enemistad entre tu simiente y la simiente de ella”. Jesús, si bien estuvo en el vientre de la virgen María, fue concebido sobrenaturalmente, por la obra del Espíritu Santo. José no fue quien procreó a Jesús. José no fue el padre carnal de Jesús. Jesús fue concebido por la obra del Espíritu Santo. Esto significa entonces, que el anticristo va a ser concebido de la misma manera, o sea sobrenaturalmente. Lógicamente que el anticristo no habrá de nacer por la obra del Espíritu Santo, sino por un espíritu demoníaco procedente de Satanás mismo. El anticristo no va a venir al mundo por la unión de un hombre y de una mujer, sino por la mezcla de lo humano con lo satánico. Más nos vale no imaginarnos siquiera como habrá de funcionar esto.

De la misma manera como Jesús vino a este mundo, de manera sobrenatural, así también será con el anticristo. Su concepción será sobrenatural.

En Génesis 3:15, Dios le dice a la serpiente, que la simiente de la mujer le iba a herir en la cabeza. Esta expresión se refiere a quitarle la autoridad. ¿Cuándo fue que Jesús hirió en la cabeza a Satanás? Cuando derramó su sangre sobre la cruz. En ese momento, Jesús le arrancó a Satanás la autoridad de sus manos, y se la devolvió al ser humano. La expresión “herir en la cabeza” equivale a “quitar autoridad”, y la expresión “herir en el calcañar” nos habla de las heridas que Jesús sufrió en la cruz.

La simiente de la mujer que iba a herir a la serpiente en la cabeza, fue la promesa que Dios les hizo a Adán y Eva. Ellos creyeron en esta promesa.

En los versículos 20 y 21 leemos lo siguiente:

[Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes.](#)

Es interesante notar, que cuando Eva que la simiente de la mujer iba a herir en la cabeza a la serpiente, y cuando Adán le pone por nombre: madre de todos los vivientes, todavía no tenían hijos. Caín y Abel llegan más tarde.

Dicho de otra manera, cuando Eva escucha la promesa de Dios, sabe que va a llevar un hijo en sus entrañas, y que ese hijo, como “su simiente”, habrá de herir a la serpiente en la cabeza. Ella recibe además el nombre: “madre de todos los vivientes”. Pero lo interesante es, que en ese momento ella todavía no había tenido hijos.

Leamos ahora el versículo 21:

Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió.

Todo esto sucede después de la caída de ellos en el pecado. ¿Con qué habían estado cubiertos hasta ese momento? Cuando se dieron cuenta que estaban desnudos, y tuvieron temor, se hicieron a sí mismos delantales con hojas de higuera.

Las hojas de higuera sólo podían cubrir el cuerpo externo, pero nunca el espíritu interior.

Es interesante notar lo que dice este último versículo. Dios fue quien les hizo túnicas (= vestidos) y estos de pieles de animal. Esta es la primera vez que ellos experimentan la muerte. Para poder hacer túnicas de pieles, tuvo que ser sacrificado un animal. Adán y Eva ven correr sangre por primera vez. Esta es la primera vez que ellos ven como muere un ser viviente. Antes, ellos no tenían idea de todo esto. Ellos nunca se habían confrontado con la muerte. Ellos sólo conocían lo bueno, sólo conocían a Dios, solo conocían la vida. Ellos no sabían lo que era la muerte, y mucho menos habían sido testigos de sus consecuencias. Ellos ni siquiera tenían idea de cómo era la sangre que fluía por sus venas.

Ahora, cuando ellos reciben de parte de Dios esas túnicas de pieles, son confrontados, por primera vez, con la muerte física de un animal.

La consecuencia de la caída en el pecado era la muerte. Dios les había advertido que si comían del árbol de la ciencia del bien y del mal, morirían.

La muerte aquí tiene dos aspectos, por un lado la muerte física, y por el otro lado la muerte espiritual. Ellos experimentan primero la muerte espiritual, que es la separación de Dios, y muchos años más tarde la muerte física.

Este animal sacrificado, para darles cobertura, es la primera experiencia que ellos tienen frente a la muerte.

Como dije antes, las hojas de higuera sólo podían cubrir sus cuerpos exteriormente, pero jamás cubrir sus pecados, o sus seres interiores, espirituales. Para poder cubrir esto, se hacía necesario un sacrificio.

Aunque este sacrificio era efectivo para cubrir el pecado, jamás lo podía quitar completamente. Todas las ofrendas y sacrificios de animales durante el antiguo pacto, servían solamente para cubrir los pecados, pero no para quitarlos completamente. Todos estos altares y sacrificios, que debían ser hechos continuamente, eran los precursores del definitivo sacrificio de Cristo.

Cada vez que el ser humano presentaba un sacrificio, le servía de recordatorio que iba a llegar un Salvador.

Adán y Eva recibieron primero la promesa de un Salvador, cuando Dios les dijo que la simiente de la mujer iba a herir en la cabeza a la serpiente; y luego son testigos oculares del primer sacrificio de la historia. Ese sacrificio era una confirmación de la promesa que les había sido dada: iba a venir un Salvador.

Esa túnica de pieles, sirvió solo para una cobertura momentánea de sus pecados, pues cuando cometieran el próximo tendrían que volver a hacer un sacrificio, y así sucesivamente.

Esto es lo que sucedía con el pueblo de Israel, ellos tenían que ofrecer sacrificios continuamente, pues esa cobertura no era permanente.

Podemos estar más que agradecidos que, por medio del sacrificio de Cristo, nuestros pecados no han sido solo cubiertos, sino quitados del medio para siempre. Y lo más maravilloso de todo, es que Él quitó y borró TODOS nuestros pecados, los pasados, los presentes, y los que cometeremos en el futuro. Cuando Jesús murió en la cruz, nosotros ni siquiera existíamos, por tanto TODOS nuestros pecados estaban en el futuro. De allí pues, que la obra de Cristo en la cruz, es tan perfecta y completa, que alcanzó para quitar del medio TODOS nuestros pecados, no sólo los pasados, sino los presentes, y los que cometeremos todavía en el futuro hasta el último día de nuestra vida aquí en la tierra. Él cargó TODOS nuestros pecados sobre sí en la cruz.

La obra de la cruz, efectuada por Jesús hace más de 2000 años, es más que suficiente para la limpieza completa de TODOS nuestros pecados.

Nuestros pecados no han sido solo cubiertos o tapados, sino borrados y quitados de una vez y para siempre por la sangre de Jesús.

Leamos ahora el versículo de Génesis 4:1:

[Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: por voluntad de Jehová he adquirido varón.](#)

Caín es el primer ser humano que nace de la unión de dos seres humanos. Recordemos que Adán y Eva habían sido creados por Dios.

Aquí vemos a Adán y Eva con un bebé entre sus brazos, el primer bebé de la historia. Si prestamos atención a las palabras de Eva, nos damos cuenta que ella pensaba que Caín era esa simiente prometida, el Salvador prometido.

Naturalmente que Caín no era el Salvador, sino que por el contrario, fue el primer asesino de la historia, y esto como consecuencia de la muerte espiritual.

Es interesante observar, que la frase que leemos aquí: “por voluntad de Jehová”, o como dice en otras traducciones: “con la ayuda del Señor”, no aparece en el texto hebreo original. Los traductores de la Biblia han agregado esto con la buena intención de que la frase tenga más sentido y se entienda mejor. Si bien, este agregado no está totalmente equivocado, se presta para una mala interpretación.

En el hebreo original encontramos solo tres palabras, a saber: adquirir (qaniti), varón (is), y Dios (Yahweh).

Eva pensaba, que es hijo varón venía directamente de Dios en cumplimiento de la promesa que Él les había hecho. Adán y Eva creían firmemente en la promesa que Dios les había hecho. Naturalmente que nosotros, que conocemos la historia desde otra perspectiva, sabemos que Caín no era la simiente que Dios les había prometido. La simiente prometida era Jesús, y Él vino al mundo unos 4000 años más tarde.

Este es un clásico ejemplo de cómo una promesa divina, puede ser interpretada erróneamente, porque es vista desde la perspectiva humana.

Hoy en día, hay muchísimos predicadores que interpretan erróneamente las promesas divinas. Podríamos decir, que de alguna manera, la interpretación de Adán y Eva, fue la primera falsa teología de toda la historia.

Nosotros sabemos, que Caín no podía ser el cumplimiento de la promesa divina, porque Jesús no provino de voluntad de varón. Jesús, al igual que Adán, debía ser engendrado sobrenaturalmente. De otra manera, no podría haber llegado a ser el último Adán.

La venida de Jesús a la tierra, en cumplimiento de la promesa divina, debía provenir de una simiente divina. Esa “simiente de la mujer”, debía provenir directamente de Dios, de lo celestial, de lo divino.

Dios necesitó a la virgen María para poner en ella esa simiente sobrenatural. Jesús, en su cuerpo terrenal, es la fusión de lo humano con lo celestial. De esa manera, Jesús podía representar sobre la cruz, tanto lo humano como lo celestial.

En la persona de Jesús, está representada la justicia perfecta, que equivale a lo celestial. Él nunca cometió pecado ni hubo pecado en Él. Esa es la simiente celestial, la simiente del Espíritu Santo. Por otra parte, cuando Él estuvo sobre la cruz se hizo pecado por nosotros. Este es el aspecto humano, el cual vino de parte de María.

Para que Jesús, siendo la justicia perfecta, pudiera cargar sobre sí todo el pecado de la humanidad, era necesaria la unión de lo humano con lo celestial.

En la persona de Jesús, se une lo humano con lo celestial. Caín, provenía solo de lo humano. Caín provenía solo de simiente humana.

Adán, sin embargo, era simiente celestial dentro de un cuerpo humano. De la misma manera debía ser el postrer Adán. Jesús era la simiente celestial dentro de un cuerpo humano, y eso le otorgaba el derecho a herir en la cabeza a la serpiente.

El momento en que nos fue devuelta la autoridad perdida por Adán, no fue ayer ni antes de ayer, sino hace más de 2000 años cuando Jesús triunfó sobre Satanás. Los cristianos no hacen uso de esta autoridad delegada, y la causa probablemente radica en que no han recibido enseñanza.

Lo mismo sucede con aquellos creyentes que confiesan sus pecados diariamente, por no haber oído jamás que Jesús ya llevó todos nuestros pecados hace más de 2000 años. En la cruz, Jesús aplastó la cabeza de la serpiente y recuperó para nosotros la autoridad que Adán había perdido.

¡Jesús recuperó para nosotros la autoridad que Adán había perdido! ¡Hoy poseemos autoridad delegada! ¡Esta es la autoridad del creyente!

¡Amén!

 **iglesiadelinternet**

El sitio diferente en la Web

iglesiadelinternet.com

¡La gracia de Dios cambiará tu vida!

Efectivo a nivel internacional, porque es de bendición para miles de personas en todo el mundo. Contribuye a su bienestar espiritual.

*De gracia recibimos, de gracia damos.
Descargas gratuitas. Servicio de discos.*

*Prédicas, enseñanzas, seminarios, devocionales, etc.
Amplia temática bíblica de aplicación práctica en la vida cotidiana. (Audio mp3, video y texto)*

Contacto: ministerio@iglesiadelinternet.com

¡Muchas gracias por visitarnos!

¿Ha sido Usted bendecido/a por esta enseñanza? Le animamos a compartirnos un breve testimonio o agradecimiento, es una manera de bendecirnos a nosotros y a otros:

gracia@iglesiadelinternet.com

ministerio@iglesia-del-internet.com

Donaciones, transferencias bancarias:

"Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáramos de vosotros lo material?" 1. Corintios 9:11

Beneficiario: Familienkirche
Código Postal: 8640 Ciudad: Rapperswil
Cuenta, IBAN: CH8208731001254182059
Banco: Bank Linth LLB AG
BIC/SWIFT: LINSCH23
Código Postal: 8730 Ciudad: Uznach
País: CH (Suiza)

Más información en:

www.iglesiadelinternet.com/donaciones